Tomo 7 REPERTORIO AMERICANO Núm. 16

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 14 DE ENERO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El máximo común divisor

HAY una ley sociológica indubitable que declara imposible, o punto menos, la explicación de los hechos económicos, jurídicos, políticos, etc., de una sociedad, sin tomar en cuenta los propios hechos sociales de las colectividades vecinas. En otros términos: todas las sociedades humanas son solidarias; pero sobre todo lo son las que más íntimamente se relacionan por su vecindad.

A priori puede decirse, entonces, que los actos de nuestra vida nacional están en perpetua relación, en íntimo consorcio, con los actos de la vida nacional de los Estados Unidos de América.

En efecto, los Estados Unidos han sido el principal elemento disolvente de la patria mexicana. Este artículo tiende a demostrarlo recordando, someramente, algunos de los episodios más característicos de la vida de nuestro país como entidad independiente y soberana, a partir del primer imperio.

Hemos procurado asumir la mayor imparcialidad al justipreciar la acción yanqui en México. A ello nos obligan dos razones supremas. Nuestro papel de escritor público, en primer término (ya que difundir la verdad o lo que se estima como verdad, es la misión de la prensa periódica), y la veneración que profesamos hacia la historia nacional, dramática siempre, a veces terriblemente monstruosa, pero siempre capaz de inspirarnos el sagrado sentimiento del honor y de la patria.

No bien se consumó la independencia, los Estados Unidos e Inglaterra reconocieron a nuestra Nación. El señor Joel R. Poinsset fué enviado por la primera de ambas potencias con el carácter de plenipotenciario. Su obra se caracterizó, desde luego, por intervenir, descompasadamente, en nuestras discordias intestinas, difundiendo la francmasonería y dividiendo a los mismos heroicos varones que nos dieron patria en moderados o «escoceses» y «yorquinos» o exaltados. Bravo fué escocés y Guerrero yorquino El director oculto de los exaltados era el mismo funesto señor Joel R. Poinsset. ¡Apenas si nacíamos a la vida de pueblo soberano, y ya principiaba a fermentar en la conciencia pública la acción disolvente de los Estados Unidos!

El segundo episodio de la acción yanqui en la historia nacional es la desventurada guerra de Texas. La colonia norteamericana, dirigida por Esteban Austín, so pretexto del cambio de gobierno efectuado por Santa Anna, se pronunció contra el gobierno mexicano y erigió en república independiente la vasta tierra de Texas. El gobierno yanqui reconoció la independencia de aquel lejano Estado y celebró con él un pacto de agregación a la Unión Norteamericana. Era el primer acto de disgregación de México, consentido e inspirado por la Cancillería de Washington, en contra de todos los principios del derecho de gentes.

El tercer episodio es el más doloroso de todos. La patria mexicana hubo de contraer su territorio a la mitad, solamente, para entregar a los Estados Unidos la mejor porción de su suelo. La rapiña y la perfidia habían logrado su objeto. El máximo común divisor terminaba su brillante operación matemática. ¿Continuaría en lo sucesivo ejerciendo la propia subdivisión inhumana?...

Sí, siempre. Su esencia es provocar sin término la separación de nuestros conciudadanos; nuestras luchas fratricidas, nuestras pasiones políticas irreconciliables, para sostener ante el mundo que los mexicanos no podemos ni sabemos gobernarnos a nosotros mismos. Entonces el mundo verá como cosa natural y debida la intervención de los Estados Unidos en nuestra vida política interna, y dirá: «puesto que los mexicanos ignoran el arte de la política, nada más justo que los yanquis les enseñen a practicarlo». Por eso todas nuestras revoluciones se preparan en las fronteras de la República, con rifles yanquis, y triunfan en la capital sobre pechos mexicanos.

(Pasa a la página 243)

El ideal de la vida

JUAN vivía en una aldeíta próxima a la ciudad. La casa estaba rodeada de un corto jardín. Reinaba en ella el silencio. Todo estaba limpio. Sólo resonaba, en una espaciosa pieza, un ruido rítmico, sonoro, que a mediodía cesaba y que cesaba al anochecer. La mujer de Juan se llamaba María. Juan y María tenían un hijo que llevaba el nombre de Roberto. ¿He hablado ya de la cocina de la casa? El ruidito rítmico, sonoro, que se escuchaba en una clara estancia era el ruido de un telar. Juan era tejedor. Su hijo trabajaba también en el telar. Con el maestro y el hijo trabajaban asimismo dos oficiales y un aprendiz. Pero no he hablado todavía de la cocina. En la cocina todo relucía de limpio. Todo esplendía. La espetera de refulgente cobre estaba simétricamente colgada en las paredes. Calderitas, jarros de variadas formas, cazos grandes y chicos, escalfadores, todos los utensilios del arte coquinario formaban una larga ringlera en los lisos muros. El trabajo era regular y escrupuloso. Amaba fervorosamente su oficio el tejedor. Inculcaba su fervor a sus oficiales y aprendices. Calladamente, en la ancha estancia, las lanzaderas iban de una parte a otra con el son rítmico del telar. Y en el telar se iban mostrando, poco a poco, los recios paños con olor a juarda, de la lana grasienta, o los coloreados paramentos—blancos, rojos, verdes, azules—que luego habían de lucir sobre los viejos arcones en las casas o en las artesas familiares para cubrir los panes. Todo era silencio en la casa a la hora del trabajo. De tarde en tarde, del silencio, de pronto, sur-

gía una clara y recia voz. La voz—era la del maestro Juan—entonaba, recitaba, salmodiaba una oración. Y todos, luego, los niños y los hombres, pronunciaban, en coro, unas palabras gratulatorias, palabras de gratitud suprema unas veces, al Creador del Universo, o palabras, otras veces, de esperanza consoladora.

Cuando el trabajo terminaba, a mediodía, al anochecer, todos se levantaban en silencio y pasaban a la ancha y grata cocina. Grata en invierno por el hálito de calor confortador—mezclado a los olores de los mantenimientos—, grata en el verano por el frescor que entraba, de la arboleda, por las anchas ventanas abiertas. El cobre de las espeteras relucía en cacharros y cazos. La luz—a mediodía—, la luz de un cielo bajo, gris, luz cernida, suave, tamizada, hacía resaltar el color verde del jardín; sacaba más fulgente brillo a la espetera; hacía destacar los blancos nítidos de la porcelana y de los manteles. Los manteles habían sido tejidos en la casa. Cuando las manos se posaban en ellos y cogían el pan cotidiano, se establecía una comunión de fervor y de amor, entre todos los comensales. Su trabajo había creado este blanco lienzo que cubría la mesa; el pan que comían y los demás manjares habían sido ganados minuto por minuto, hora por hora, día por día, por estas manos afanosas que ahora iban y venían de una parte a otra. Un ambiente de paz profunda, de religiosidad, de emoción, se respiraba en toda la casa. Y María, la mujer del maestro, callada y diligente, lo arreglaba y ordenaba todo, proveía a todas las necesidades de la familia, se ingeniaba para ocurrir a todos los deseos sin que hubiese necesidad de manifestarlos. Cuando acababa el tráfago y ordenación de la casa, María se sentaba en una sillita, junto a la ventana, a la vista de la arboleda gaya, y leía absorta en un librito. En el testero de la sala, Juan, retratado por un pintor de la ciudad, la miraba con sus ojos azules. Juan estaba retratado sonriente, plácido, con un clavel en la mano; en la mano puesta a la altura del pecho, un poco separada del cuerpo.

Un día unos soldados entraron en la casa y la devastaron. Se llevaron preso al maestro. Dos días después Juan moría trágicamente. Ocho días más tarde María fenecía también en la ciudad en una refriega del pueblo con la soldadesca. Grandes bandadas de campesinos y de obreros huían por los caminos cargados con los pobres enseres de sus casas. Roberto, el hijo del maestro, se marchó también. Iba en compañía de unos vecinos. Era el año de 1570. Caminaban todos, a pie, entre carritos henchidos de muebles, desde Namur a Colonia. La caravana era larga y terrible. Los niños lloraban y las mujeres lloraban. Roberto, el mozo, comenzó a trabajar de tejedor en Colonia.

—

La familia ha ido continuándose de padres a hijos. La suerte de los padres y de los hijos ha sido varia. Todos han trabajado. En la familia se ha mantenida, perseverantemente, a lo largo del tiempo, una tradición de trabajo y de escrupulosidad. El retrato de Juan, el fundador, está siempre en la sala. Los siglos han ido pasando; las generaciones han ido sucediéndose. En el testero de la sala más espaciosa de la casa se halla sonriente, plácido, con sus ojos azules, con su clavel en la mano, el maestro Juan. El retrato del fundador ha polarizado, a lo largo del tiempo, la sentimentalidad de esta larga serie de padres e hijos.

A fines del siglo XVIII, un Juan, tejedor, vuelve al país nativo. A principios del siglo XX, en otra aldeíta existe otra casa rodeada de jardín. En la cocina luce la espetera de cobre. El silencio reina en las estancias. En la más ancha se ve el retrato de Juan el fundador, con su clavel en la mano. Pero las lanzaderas no van de un lado para otro. La casa no es la de un tejedor. La habita un hombre vestido pulcramente de negro. Viven con él su mujer y dos niños. El caballero tiene también, como el abuelo remoto, los ojos azules y gusta de las flores. Alguna vez en este libro que él lleva en el bolsillo, y que lee constantemente, una florecita del campo ha sido oprimida y se ha secado entre las páginas del volumen. En la familia se ha conservado fervorosamente, con suprema piedad, el amor al abuelo muerto trágicamente. El caballero que ahora mora en la casa diríase que reune en sí, en su espíritu recogido y delicado, todo el sentimentalismo de una larga sucesión de seres humanos, que han ido desde el momento trágico de la muerte del antecesor hasta el presente. Y él medita muchas veces en el lazo sutil, pero firme, sólido, que le une, generaciones arriba, a este hombre bueno que sonríe desde un cuadro. ¿Hay odio por algo, hacia algo, en el fondo de su espíritu? Su espíritu, todo mansedumbre y dulzura, es incapaz de sentir odio. Si alguna vez, en un momento de pasión inicial, siente en su conciencia algún escrúpulo, él abre este libro, que trae constantemente en el bolsillo, lee unas líneas, medita, y la serenidad vuelve a su alma.

No tiene odio el caballero; pero tiene un deseo. Desea visitar España. En sus momentos de esparcimiento, Juan, el actual, es poeta; es decir, es poeta siempre, a todas las horas del día, pero es en sus horas de recreación cuando él escribe unas poesías que no lee a nadie y que guarda cuidadosamente entre sus papeles íntimos. El caballero desea conocer España. De España lo que le atrae es El Escorial. Ha aprendido el castellano. El libro que lee él constantemente, lo lee al presente Juan en la lengua castellana. Y la traducción, por cierto, es primorosa.

Juan va a ir al Escorial, y va a escribir un poema. El caballero ha comprado un cuadernito de blanco y fino papel, y ha escrito en la primera hoja: *Felipe II*. Llega el momento del viaje, y Juan experimenta una emoción profunda. Su espíritu se siente, en verdad, conturbado. ¿Qué va a salir de este viaje? Su alma serena, bondadosa, ¿llegará a ser sacudida por el rencor? El rencor malsano, emponzoñador, ¿llegará a oprimir su corazón? Juan duda un momento. Ni su curiosidad ni su poema en proyecto—por bello que fuera—valen lo que vale la serenidad dulce e inalterable de su alma. ¿Hará el viaje? ¿No lo hará? El cuadernito en blanco está encima de la mesa; en la primera página pone con letras grandes: *Felipe II*. Desde su retrato, el abuelo Juan le mira con sus ojos azules. El caballero abre su libro y lee: «El que presto se enoja hará locura, y el hombre malicioso será aborrecido». «¿No yerran los que piensan mal? Misericordia empero y verdad alcanzarán los que piensan bien».

—

El tren ha llegado de noche a esta estación española, y Juan ha descendido de él y se ha encaminado al pueblo. Después de comer, en el hotel, el caballero ha salido a dar un paseo por el pueblo. Hace una noche clara, serena, de invierno. La luna deja caer su luz suave sobre las casas y sobre la campiña. La inmensa edificación del monasterio aparece bañada por la mate claror. ¡Qué emoción tan profunda, intensa, ha tenido Juan al contemplar, inmóvil, absorto, la vasta edificación!

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	$ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Para no caer al suelo, para no sentirse titubear, ha tenido que recostarse en un muro de la calle. Un largo rato ha permanecido Juan con la vista fija en el monasterio. Una campanita ha sonado, cristalina, pausada, una hora. Juan ha vuelto al hotel. Al día siguiente, por la mañana, visitará el maravilloso edificio.

La noche ha sido febril, desasosegada para el buen caballero. Su organismo débil, enfermizo, se ha conmovido todo. Y en su espíritu comienza a entrar la temida pasión. ¡Qué horas angustiosas las de esta noche! ¿Era posible que en el fondo del alma del caballero existiese este acervo psicológico que él mismo desconocía? En adelante, una nueva vida iba a comenzar para él, e iba a comenzar, a pesar de todos sus esfuerzos, contra su voluntad. La visita al monumento famoso iba a dividir su vida en dos. ¡Adiós, dulce y bondadosa serenidad! Sobre la mesa estaba el cuadernito en blanco, y cuando el caballero leía las palabras escritas en su primera página, *Felipe II*, su mirada, espiritualmente, iba, a través del espacio, hacia la remota casita, allá en el país lejano, en que el abuelo Juan sonríe en su cuadro, bondadosamente, y tiene un clavel en la mano.

—¿Se marcha el señor?—ha preguntado el camarero del hotel—. ¿Se marcha el señor sin ver el monasterio?

A primera hora de la mañana Juan se ha levantado y dispone las cosas para la marcha. Regresa a su tierra nativa sin haber entrado en el monasterio. La vida es amor. La vida es serenidad espiritual. La vida es paz y concordia. Por encima de todas las cosas, pone Juan su amor al Creador y su amor a las criaturas. Como el abuelo Juan, él quiere quedar entre las gentes, entre los seres queridos, con su sonrisa de bondad...

Horas después, al cruzar el Bidasoa, Juan ha cogido el cuadernito en que ponía *Felipe II* y lo ha tirado al río.

Miguel de Unamuno ha publicado recientemente un libro titulado *Andanzas y visiones de España*. He comprado y leído este libro y he comprado y leído su antecesor en el género, *Por tierras de Portugal y de España*, publicado en 1911. Las dos son obras de una gran sugestión, de una intensa belleza. Páginas hay en las *Andanzas* en que se percibe con profunda emoción todo el ambiente tradicional y severo de las pequeñas ciudades españolas.

El paisaje en Unamuno se halla impregnado de espiritualidad. Casi no son paisajes, casi no vemos lo que pretende pintar el autor. Vemos el colorario moral, místico muchas veces, que el autor hace apoyándose en las ciudades, en los bosques, en las montañas. Los capítulos dedicados a El Escorial merecen especial mención.

Se habla de las acritudes, violencias y estridencias de Unamuno. ¡Qué sosegados, plácidos e inalterables se nos aparecen, por ejemplo, Ruskin y Tolstoi! De Ruskin dice La Sizerane en su conocido libro:

«Se han llamado contradicciones los ardores de Ruskin por todas las verdades que él ha creído descubrir las unas después de las otras, e inconstancias sus afectos por todas las grandes obras; tiranía, su celo; egoísmo, su generosidad».

Y de Tolstoi escribe su propio hijo, el conde León L. Tolstoi, en su libro, en francés, *La verdad sobre mi padre*:

«Contradicciones consigo mismo, los más extravagantes radicalismos intelectuales, la negación y el sacrificio de todas las formas materiales por un solo ideal religioso y espiritual: tal es Tolstoi juzgado por la razón».

No juzguemos a los hombres eminentes ni por sus contradicciones ni por sus violencias. Hay en ellos una norma más alta. En nuestro Unamuno, invariablemente, desde treinta años a la fecha, por encima de los accidentes cotidianos y ruidosos podemos recoger una enseñanza capital. Enseñanza alta, elevada, nobilísima: su concepto del progreso, radicado en el espíritu y en la virtud, y no en el goce bárbaro y sensual; su concepto de la civilización basada en la moralidad, y no en los adelantamientos materiales. Y esa doctrina, proclamada a todas horas, mantenida a todas horas, y precisamente en un país donde los políticos, los gobernantes no tienen (o tenían) más ideal que el goce y el enriquecimiento a toda costa; esa doctrina nobilísima bien vale un saludo de consideración profunda y de respeto.

AZORIN

(*A. B. C.* Madrid).

El máximo común divisor...

(*Viene de la página 241*)

Hoy los Estados Unidos emplean dos medios eficaces de operar en nuestra República la división nacional. El primero es la propaganda religiosa; el segundo la propaganda socialista.

La propaganda religiosa es, a la vez, católica y protestante. Tantos obispos metodistas y ministros presbiterianos como caballeros de Colón. Todo ello divide; todos ellos despedazan. El protestante diferencia de la grey católica un rebaño luterano o calvinista; el caballero de Colón refiere a la masonería católica de Boston o de Cincinnati las ovejas de Guadalajara y Tecamachalco. En el fondo, la operación es idéntica. Todos laboran con el mismo propósito. Calvinistas, luteranos, católicos, tirios y troyanos son yanquis, y México, el botín.

También en las filas del socialismo nacional suelen colocarse los redentores extranjeros. Ellos saben su objeto. Vienen a dividir a las masas populares en banderías opuestas que mutuamente se excluyen y combaten. Lo que desean es, sobre todo, la lucha, el conflicto, la discrepancia al menos. Que se segmente y subdivida sin término la conciencia, la fuerza nacional. Que se difunda por el cuerpo y el alma de la nación mexicana la ponzoña de la desconfianza recíproca; que cada mexicano recele de su prójimo, de su hermano, de su padre; que en vez de cuerpos circulen átomos dispersos y enemigos; que en lugar de Estados florezcan banderías y cofradías, cada vez más numerosas y hostiles. Que la Nación entera se pulverice y descomponga con todos los reactivos químicos de la perfidia y la disimulación. Entonces será tiempo de reiterar la tesis maquiavélica del fuerte: «Como los mexicanos no son capaces de unirse

Tarjeta de luto

Con el año finalizó sus días la niña Mercedes Montalto, ejemplar educadora costarricense. De los que se van, enternece hacer recuerdos buenos. Recordemos entonces a la niña Mercedes, excelente amiga y protectora del REPERTORIO. Lo leía con gusto y provecho—a sus años trataba de renovarse, de educarse, —preocupación de que carecen tantas maestras nuevas; contribuía a sostenerlo y se vivía empeñada porque otros a él se suscribieran y lo leyeran. Nuestros afanes pro cultura y libertad gozaron, pues, de sus simpatías y aplausos. A la niña Mercedes Montalto, maestras jóvenes, nunca le fué indiferente nada que implicara un adelanto espiritual para Costa Rica. Patriota de corazón, era suyo cuanto honrara y sirviera a Costa Rica.

Con esta nota colocamos unas siempreprevivas sobre su tumba. Estos tributos de afecto a su memoria no le han de faltar, ciertamente. Otros harán lo mismo.

entre sí, aquí estamos nosotros, que tanto sabemos de unión y concordia, de gobierno democrático y *commonwealth*, para beneficiar a esos incivilizados sempiternos con el primor de nuestras instituciones y la eficacia de nuestras virtudes...»

Ante la comprobación de tamaños peligros hay que recordar a todos los que se sientan en verdad hijos de su pueblo y de su raza, que nada que se descasta perdura; que todo lo que reniega de su pasado y su tradición principia a desaparecer; que los credos pueden y deben diferir, pero siempre respetar la unidad nacional, la patria mexicana, tan digna de ser enaltecida por sus hijos como emblema de gloria y de triunfo.

Seamos, en buena hora, socialistas, católicos, protestantes o mahometanos; libremente optemos por las ideas que más nos satisfagan; sirvámoslas con predilección, con entusiasmo, con sacrificios y abnegaciones heroicas; pero recordemos siempre que formamos parte de una patria única, santa e indeficiente como ideal, esto es, como realidad inmaterial e invencible; recordémoslo, y no olvidemos tampoco que constantemente trabaja a nuestro lado, con inteligencia superior y energía prepotente, *el máximo común divisor*, es decir, la primera potencia política del mundo.

ANTONIO CASO.

(*Revista de Revistas*, México, D. F)

Indice

—Noticia de libros recientemente publicados.—

JUAN AMÓS COMENIO: *Didáctica Magna*. Versión directa del latín por S. López Peces. (Madrid. Editorial Reus).

POR primera vez, que sepamos, se publica ahora en lengua castellano la *Didáctica* de Comenio. Ello contribuirá, sin duda, a que el público de habla española propicio a los estudios de filosofía y educación se familiarice con una de esas obras maestras de la Humanidad que todos conocen y que casi nadie lee, cumbres ingentes que es más fácil admirar que escalar, y que los más contemplan desde lejos, como una remota silueta que sirve de noble fondo al horizonte de su cultura.

Y, sin embargo, ¡cuán sugestiva es para nosotros, vista de cerca, la singular figura de Jan Amós Komensky! Por de pronto, preocupa, sorprende, desorienta. Un estudiante de Pedagogía nos dirá enseguida que Comenio es el padre de la intuición, el precursor de la moderna didáctica que antepone las cosas reales a las vanas palabras y quiere que la enseñanza siga, paso a paso, la marcha de la naturaleza. Todo eso, efectivamente, es Comenio. Pero Comenio es al mismo tiempo el santo obispo eslavo, consagrado según el rito de Oriente, místico pastor de las fraternidades moravas en el destierro; visionario, iluminado fantástico, laberíntico; candoroso promotor de las reformas universales; creyente ingenuo en las profesías de Kotter y en los éxtasis de Cristina Poniatovska.

Es un soñador se dirá. Sin duda; mas ahí están, a la vez, sus felices ensayos prácticos de educación, sus fundaciones, su fama de hombre de consejo, solicitado por los varones más eminentes de la época. ¿Fué, entonces, un espíritu inquieto, versátil? Seguramente; recomenzó varias veces su vida; el nacionalista de Moravia encontró nuevas patrias por toda Europa, desde Polonia a Inglaterra y desde Suecia a Transilvania; pasó por varias crisis religiosas; escribió en diferentes lenguas; consagróse a muy distintos estudios; se casó tres o cuatro veces... Pero su vida tiene, no obstante, una profunda unidad interior, y el mismo problema que entrevió de niño, al observar en su humilde jardín el diverso color de las flores, es el que le inspira las páginas que sobre *Lo único necesario* publica, según reza el título, «el anciano J. A. Comenio, fatigado del mundo, a los setenta y siete años de su edad».

Alrededor de este problema gira también su obra fundamental: la *Didáctica Magna*. Es uno de esos amplios sistemas completos, grandes arquitecturas intelectuales, que caracterizaron al siglo XVII. Todo lo contrario del nuestro, época de los Ensayos, las Notas y los Diarios íntimos. Traza Comemio un plan acabado de regeneración de toda la Humanidad, propuesto «a los Directores de los asuntos humanos, Regentes políticos, Pastores de las Iglesias, Rectores de las escuelas, Padres y Tutores de los discípulos...» El medio universal consiste en una nueva educación. La educación es omnipotente. Con un recto cultivo dará todos los frutos el espíritu humano, que es el paraíso del Señor. La educación, empero, debe inspirarse en el orden de la naturaleza. Con la observación y el ejemplo de lo que en la naturaleza acontece, va el autor bosquejando los verdaderos métodos para la fácil y sólida enseñanza de las ciencias, las artes, las lenguas, la religión y las buenas costumbres. Así podrá enseñarse todo a todos. Cualesquiera que sean la clase social, la fortuna, la capacidad o el sexo, toda la generación venidera recorrerá alegremente la serie de cursos y de escuelas, desde la Escuela materna a la Academia; la gradación de enseñanzas que Comemio designa con bellos nombres y floridos títulos. Sólo entonces se alcanzará la libertad del individuo y la unidad del género humano, y, cumpliéndose el vaticinio de Malaquías, se abrirán las cataratas del cielo y entre nosotros se derramarán hasta la saciedad las bendiciones de Dios.

El anhelo insaciable de Comenio, a lo largo de una vida octogenaria, es la universal unidad. Escuelas universales, libros universales, idioma universal, universal comunidad de los sabios.... Pansofía, Panharmonía..... Unidad entre Dios y el orbe, entre el

Economía de la Revista

Del número próximo en adelante, suspenderemos el envío del REPERTORIO *a todas los suscritores de provincias que hasta la fecha se han mostrado sordos a nuestros ruegos de que* cancelen *los* saldos *pendientes o que, por lo menos, nos* hagan un abono. *Los hemos aguardado mucho; no podrán quejarse, pues, de la medida. Es muy penoso tener que cobrar por lo que se ama, pero a ello nos vemos obligados: hay que reducir el tiraje de la Revista al número exacto de suscriciones* vivas *y* efectivas.

La ayuda, la cooperación han de ser mutuas; *lo demás parece* negligencia. *La cooperación* obliga, *como la nobleza, y tratándose de una empresa de tan escasos recursos como la del* REPERTORIO, *otros comentarios huelgan.*

mundo interior y el mundo visible, entre la naturaleza y el arte, entre lo ideal y lo real, entre la espontaneidad y la cultura, entre la libertad y la disciplina, entre la vida y la educación...

Pero no afirma Comenio esta unidad en vacíos esquemas dialécticos. El antiguo aprendiz de taller, hijo de un campesino, llena su obra de observaciones exactas y delicadas sobre los hechos naturales con deliciosos pormenores acerca del desarrollo de las plantas o las costumbres de los pájaros, y curiosos ejemplos tomados del reloj, el carro o la nave, el arte tipográfico o las bombardas ígneas. El viejo maestro de la escuela de Saros Patak desciende a minuciosas indicaciones psicológicas o metodológicas que utilizarán con fruto los educadores prácticos.

¿Deberemos quizá tomar de la *Didáctica Magna* la parte realista, el procedimiento intuitivo, la pedagogía democrática, el régimen escolar o la enseñanza de los idiomas..., dejando un poco de lado sus exuberantes ideologías? Ese sería el peor de los errores. Convertiríamos en un Manual mediocre la creación del genio. Rebajaríamos, por ejemplo, el principio fecundo de la intuición a la ramplona inutilidad de las llamadas «lecciones de cosas». No es un azar, ni mucho menos una paradoja de la Historia, el hecho de que el método intuitivo, el partir de la realidad concreta, haya venido a la Pedagogía por la obra de tres idealistas exaltados, casi delirantes: Comenio, Rousseau, Pestalozzi.

No. Las cosas nada enseñan sin las ideas, y las ideas nada engendran sin las cosas. Intuir lleva a pensar, y, a la vez, según la nueva Psicología ha mostrado, sin un pensamiento activo no podría darse la más elemental intuición sensible... Ya decía Comenio que su doctrina debía tomarse o rechazarse por entero. O todo o nada. Lo mejor acaso sería tomar a la vez todo y nada: el fondo íntegro de su *Didáctica*, su idealismo realista, pero con una interpretación moderna. Todo Comenio, todo el espíritu de Comenio, y ninguna de las formas infantiles en que su espíritu se concretaba.

La versión castellana de la *Didáctica Magna* vuelve ahora a nuestro país, al cabo de los siglos, algo que de nuestro país recibió una cierta inspiración. Quizá por la extraña semejanza que más de una vez se ha observado entre eslavos e iberos, extremos de Europa, Komensky se deja influir muy particularmente por autores españoles, sobre todo por Séneca, Lulio, Sabunde y Vives. Celebremos, por tanto, doblemente que se difunda ahora en nuestra patria el pensamiento pedagógico de ese autor extraordinario, la mayor figura histórica de la nueva nación checoeslovaca; hombre singular en todo, que a veces se nos presenta como un genial precursor del moderno espíritu científico, y otras aparece con la aureola de un santo obispo en los mosaicos de una iglesia bizantina.

LUIS DE ZULUETA.

(*Revista de Occidente*, Madrid).

Dos títulos nuevos

La colección mexicana de la BIBLIOTECA LILIPUT, que dirige en París nuestro amigo V. García Calderón y edita la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, se ha aumentado con estos dos títulos:

Justo Sierra: *Cuentos Escogidos*.
I. M. Altamirano: *La navidad en las montañas*.

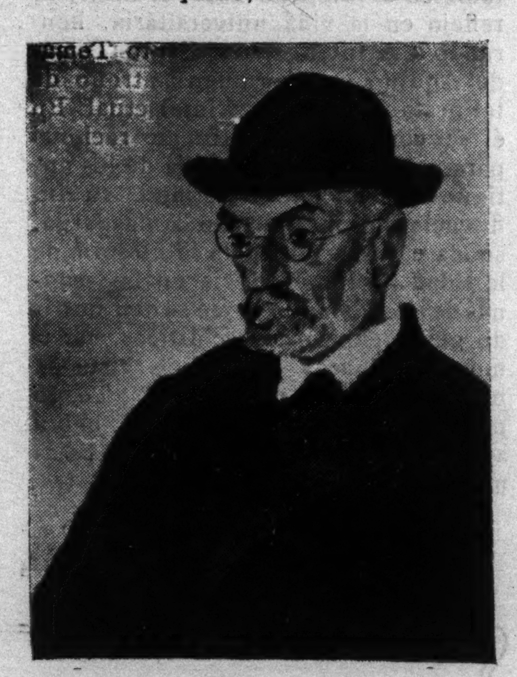
Otros títulos de la misma serie:

Luis G. Urbina: *Poesías escogidas*.
Manuel Acuña: *Poesías escogidas*,
Manuel M. Flores: *Poesías selectas*.
Juan de Dios Peza: *Poemas selectos*.
Antología de jóvenes poetas mexicanos.

UNAMUNO Y LOS DOMINICOS

La lección de Salamanca

Los padres dominicos de Salamanca han inaugurado el curso de conferencias de su Academia de Santo Tomás de Aquino, con una excelente lección, que bien puede incluirse entre las «lecciones de cosas» y las lecciones de conducta. Consistió en invitar a D. Miguel de Unamuno a que abriese el curso en la Academia dominicana. Después, el padre Avellanosa hizo un cumplido y sagaz elogio de la personalidad intelectual de Unamuno.



MIGUEL DE UNAMUNO

Retrato por VÁZQUEZ DÍAZ.

Así, la solemnidad académica ofreció a la juventud estudiosa una doble lección: la de los razonamientos que expusieron Unamuno y el padre Avellanosa disertando sobre cosas espirituales que tienen su proyección sobre el mundo material, y la lección moral, de ética para intelectuales o al menos para inteligentes: la inteligencia está hecha para comprender a la inteligencia.

Habrá quien se haga cruces, extraviado por prejuicios contra los frailes o por prejuicios contra Unamuno. ¡Unamuno entre frailes! ¡Un fraile haciendo el elogio de Unamuno! Adviértase que entre el dominico y Unamuno hay menos oposición espiritual que entre cualquiera de ellos y un hombre utilitario, *practicista*, esclavo del hecho, desdeñoso o ignorante de la idea. El espíritu, hondamente religioso, de Unamuno, linda naturalmente con el espíritu de un religioso ilustrado. Dos hombres espirituales se entienden más fácilmente que un espiritual y un carnal. Con todo, atendido el ambiente de preocupaciones y de iracundias de escuela o de posición mental, la lección de tolerancia y de inteligencia del dominico de Salamanca es notable. Me confirma en la creencia que tengo de que los hombres de más mérito del catolicismo militante español están en las Ordenes religiosas, y de que los levitas, de levita o americana, suelen ser más cerrados e intransigentes que los de hábito. La lectura de las revistas que publican las Ordenes monásticas y las aportaciones de los religiosos al movimiento bibliográfico muestran que el espíritu de erudición del siglo XVIII no se ha extinguido en ellas. Cito el siglo XVIII porque el papel preponderante de las Ordenes en centurias anteriores ya no es posible. La planta de las sociedades no es ya teológica, sino naturalista. La erudición se ha secularizado. *Clérigo y letrado* no son ya términos equivalentes como en la Edad Media, pero sería una injusticia manifiesta pretender que son términos contrarios.

* *

En el problema español lo más grave es la crisis y decadencia de los valores espirituales. Lo que hay que restaurar, ante todo, es el reino del espíritu. El medio físico español, apreciado en conjunto, sin caer en las exageraciones favorables o adversas, se presta a la prosperidad de un pueblo. Situación geográfica, extensión, variedad de productos, templanza del clima, hacen de él un buen escenario geográfico. La raza, aunque decaída por largos períodos de pobreza e ignorancia, que es otra especie de pobreza, conserva suficientes energías físicas y mentales para ser capaz de mejora y hábil para la competencia con otros pueblos. Las costumbres, sin alcanzar un alto nivel ético, no están tan corrompidas que acusen un proceso de disolución.

El problema ante el cual viene debatiéndose España, desde su decadencia histórica, es un problema de cultura, de capacidad actual, no potencial. La jerarquía de los valores está rota; suplantan a la verdadera falsa jerarquía. En el fondo de todas nuestras crisis, lo que aparece es una crisis de la inteligencia y de la cultura.

Hay que desplegar la bandera de la inteligencia. No es posible crear el partido de la inteligencia, pues la inteligencia ha de tener por su misma naturaleza, variedad de partidos; pero sí la alianza de la inteligencia: liga tácita de tolerancia, de respeto mutuo, de voluntad de comprensión y de colaboración en los fines comunes de la cultura; alianza para restaurar la jerarquía de los valores. La inteligencia, si no está ofuscada, siempre encontrará un terreno común, frente a otra inteligencia, y podrá sentirse prójimo de ella.

* *

Entre los siniestros legados de la guerra, figura un nuevo materialismo, muy inferior al científico: un materialismo de hábitos y de instintos, una superstición de la fuerza material. La fuerza material no resuelve nada en definitiva. Es el instrumento de una hora. Su valor es puramente instrumental y su virtud condicional consiste, precisamente, en ser instrumento de obras buenas. Su utilidad es la de las herramientas. Mas una jerarquía social en que la herramienta estuviese por encima del intelecto que debe manejarla, sería una jerarquía absurda, de pesadilla o de delirio.

La flor de la gracia otorgada al hombre está en la inteligencia. Es la gracia de la especie lo que se levanta sobre la fauna y la separa de ella. La superstición del poder material es propia del salvaje, que cree haber adquirido, con el fusil que le vendió un mercader europeo, un poderoso fetiche extranjero; o de las sociedades caducas, corroídas por un hedonismo grosero, que adoran a la fuerza, para seguir disfrutando a la sombra de ella de sus placeres y sus vicios.

Buscad el reino de Dios, y lo demás se os dará por añadidura; esta profunda sentencia evangélica tiene, a más del sentido directo que nos invita a vivir religiosamente, un sentido alegórico, aplicable a los negocios temporales. En este plano segundo, buscar el reino de Dios es buscar la perfección propia de cada cosa, lo que pide su naturaleza, confiando en que el accidente, lo accesorio, vendrá por añadidura. En todas las cosas hay algún reflejo del reino de Dios: en la ordenación de las Repúblicas, en el ejercicio de las profesiones, en los conflictos de conciencia que nos plantea la vida cotidiana; en todas ellas hay un fin superior que buscar, sin sacrificarle a las tentaciones del accidente actual.

En la sesión de Salamanca se buscó también el reino de Dios, es decir, su reflejo en la vida universitaria, honrando a la inteligencia. Santo Tomás de Aquino era un buen patrono de tal fiesta. Fué un gran intelectual. En él se concentra el esfuerzo racional para cristianizar la filosofía de los antiguos. Aristóteles cristiano, su influencia filosófica ha sido la más larga, sólida e intensa de toda la filosofía de la Edad Media. Todavía en las páginas de las *Summas* en que se han nutrido generaciones de ecolásticos, hallamos doctrinas y puntos de vista de una modernidad sorprendente. Tengo por cierto que Santo Tomás habrá aplaudido a los dominicos de Salamanca.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*El Sol*, Madrid).

Cuadro de Honor

Patria Nueva engalana sus columnas abriendo un Cuadro de Honor como homenaje a la Prensa costarricense y a las personas que se han hecho acreedoras a la gratitud de los venezolanos.

Repertorio Americano, J. García Monge; *Diario de Costa Rica*, Leonardo Montalbán y Sergio Carballo; *La Tribuna*, Octavio Jiménez y Otilio Ulate; *El Hombre Libre*, José Fabio Garnier; *La Prensa*, Vicente Sáenz, José María Zeledón y Carlos Jinesta; *Diario del Comercio*, Vicente Sáenz y R. Rojas Corrales; *El Imparcial*, Tomás Soley Güell; *La Mañana*, Teobaldo Pinzás; *La Tarde*, V. M. Obregón; *La Semana*, M. A. Obregón y Raúl Padilla C.

(*Patria Nueva*, S. J. de C. R.)

Un armonioso y simbólico heptasílabo

Sí, jóvenes, una admirable, armoniosa y simbólica conjunción en heptasílabo: BOLIVAR y SARMIENTO. Dos Hombres, dos Libertadores, dos Genios creadores, dos Voces del Destino, dos brújulas, dos esperanzas, dos estímulos, dos banderas desplegadas a los cuatro vientos del Espíritu. Acojámonos con respeto y devoción a su memoria y ejemplo. Aun están sentados en la *roca de crear* de que habló Martí, el otro egregio.

gm.

El león enjaulado

Lo mismo da que sean liberales o conservadores, ancianos o juveniles, conspicuos o modestos: si tropezáis con cualquiera de los hombres bien avenidos con el régimen anterior, fingidamente civil y constitucionalista, la queja es invariable y unánime, como si quienes la exhalan fuesen muñecos mecánicos de fabricación en serie, dotados de los mismos movimientos e idénticas amarguras. «¡No hay opinión pública!», exclaman lamentosamente, los ojos flechados al firmamento, con un suspiro en que parecen resumirse todas las tragedias de la historia. Quien no se conmueva oyéndolos, atento sólo al presente, sin recordar su pasado, es de piedra berroqueña. Lo difícil es olvidar que, hasta hace dos meses, nadie hostilizaba a la opinión pública como ellos.

Tienen razón: no hay opinión pública en España. ¿Pero la ha habido alguna vez? ¿Se ha consentido jamás que se formara? ¿Tomó en serio alguien la misión de crearla? España ha estado gobernada siempre por el despotismo. La Constitución era una de estas ficciones que se adoptan por el buen parecer, como hay quien viviendo con los instintos del hombre de taparrabos, se viste en Paris o Londres, o quien a falta de una selva virgen donde trepar por los árboles, reside en un palacio de la Castellana. Hay un progreso mimético y pegadizo, de coche cama o automóvil, de levita y sombrero de copa, de grandes rotativos y sistema parlamentario, que se copia porque esa es la moda, pero que no modifica en nada la naturaleza selvática del hombre. Y a veces es una burla sangrienta, como era el simulacro constitucional de España. Se pasó a la Constitución como quien pasa de un calabozo a una jaula: un simple cambio de cárcel. El pueblo español era el clásico león de su emblema nacional, enjaulado durante el último medio siglo y con una cadena al pie, de añadidura. Las libertades constitucionales equivalían a dejar entreabierta la puerta de la jaula, para que la pobre bestia se hiciese la ilusión de que podía abandonarla y ser dueña de sus destinos. Pero si se olvidaba de su cadena e intentaba salvar la puerta de su prisión, los domadores o gobernantes de turno se apresuraban a cerrarla violentamente, bien porque temiesen un rompimiento de la cadena, poco probable, o bien porque no querían que el cautivo soñara siquiera con el deseo de ser libre: debía conformarse pasivamente, adormecido e inmóvil, con la ficción de que lo era. A esa clausura se la llamaba suspensión de las garantías constitucionales.

¡Suspensión de las garantías constitucionales! ¿Que palabras se han repetido tanto como esas en la jerga política de España durante los últimos cincuenta años? Había guerra en alguna parte del mundo: se suspendían unos cuantos artículos de la Constitución, no fuera a violarse la neutralidad. Se oía estornudar en algún Sindicato: suspendidos los derechos de reunión y asociación. Sobrevenía la milésima sorpresa en Marruecos: censura previa al canto. La falta de Libertades era la norma, lo consuetudinario, y su existencia nominal, la excepción. Pero lo más triste de todo era, en efecto, que muy pocos echaban de menos esas libertades. La Prensa, cogida en el engranaje de la política o del capitalismo, apenas necesitaba más libertad que la mínima indispensable para defender a sus profetas y sus intereses. Los políticos no necesitaban la libertad de hablar fuera del Parlamento, porque en saliendo del juego de sus intrigas, de sus combinaciones económicas y de sus habilidades leguleyas, no tenían una idea que comunicar a nadie ni sentimiento público que promover en la conciencia nacional. Los demagogos o educadores del pueblo, si se excluye a los socialistas, habían cerrado sus tribunas, y si alguna vez hablaban, de tarde en tarde, era contra el pueblo y contra la libertad, como esos falsos maestros que creen que las cosas sólo con sangre entran. ¿Ha habido nadie, en los últimos años, que haya conspirado como el señor Lerroux contra la libertad? ¿Ha predicado nadie, como él, la dictadura y las sentencias de muerte? ¿Y no fué el señor Cierva quien soñó por un momento, en 1918, en instaurar el sistema de las deportaciones de periodistas a Africa? ¿Quien se queja, pues, de que la opinión pública no se alce en demanda de libertades? ¿Y se extrañan de que el pobre león simbólico no rechiste ni se mueva los mismos que le azotaron siempre sin piedad, y le agobiaron de cadenas y se burlaron de él cada vez que levantaba la cabeza con la ilusoria voluntad de ser libre? Probablemente, si hoy volviese Don Quijote a desafiarle a salir, él tornaría a darle la espalda y a tumbarse a soñar, sólo a soñar, en el fondo de su jaula.

La libertad es un bien que sólo se conquista al cabo de milenios de vida civilizada. No está, no, la libertad al principio de los tiempos, en el estado de naturaleza, como



He aquí a D. Miguel Primo de Rivera, presidente del Directorio Militar... Tras su figura, el león simbólico de España... el *león enjaulado* de que habla Araquistain en este artículo.

creía Rousseau, sino al término de los siglos y en la Ciudad Perfecta. El hombre nace esclavo de sus instintos, de sus terrores supersticiosos, de sus necesidades materiales, de su condición ingénita de servidumbre. Transcurren miles y miles de años antes de que el mero individuo zoológico se eleve a categoría de hombre, antes de que descubra su dignidad, incompatible con ningún yugo; antes de que no reconozca a nadie el derecho de ser superior a él, y, por tanto, el derecho de hacer de él un sujeto sin libertades. Los hombres verdaderamente libres, no sólo en el hecho social, sino lo que vale más, en el fuero de su conciencia, forman una exigua minoría en el mundo entero, y gracias a ellos y a su poderosa idea, que la libertad no debe ser un privilegio de nadie, sino un principio de comunidad para todos los hombres, las mayorías no libres viven del reflejo espiritual de los que lo son, y se va creando en el mundo un nuevo medio moral, llamado liberalismo, favorable al desenvolvimiento político de los individuos menos aptos para la libertad.

A esa minoría de hombres libres, España es tal vez uno de los países que menos han contribuído y contribuyen. En la evolución de la personalidad humana, los españoles representan una de las especies más retardatarias. Pero esto ha sido culpa de gobernantes y demagogos, que no han educado al pueblo en ningún verdadero sentimiento de libertad política. Y, sin embargo, socialmente el español está dotado de una conciencia de dignidad humana como es difícil hallar en otros pueblos políticamente más libres. Esta paradoja étnica es un misterio que siempre ha sorprendido a cuantos han estudiado nuestra psicología colectiva. ¿Es que el español no tiene aptitudes para ser libre dentro del Estado, sino que aspira a serlo sólo fuera del Estado? ¿O es posible un Estado nuevo, radicalmente distinto del histórico, donde el español se sienta tan libre como en la sociedad? Desde luego, es evidente el desprecio irritado del pueblo español por el Estado tradicional, y todas las quejas de los que desde él le ofendían y humillaban no lograrán moverle a la menor simpatía por el edificio en escombros y menos aún a reconstruirlo.

Hacen falta nuevos arquitectos y nuevos materiales. Y suprimir la cadena y la jaula.

LUIS ARAQUISTAIN

(*España*, Madrid).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.

Patria Nueva

Es el título de un bisemanario latino-americanista que ha comenzado a editar en esta ciudad nuestro amigo don J. C. Sotillo Picornell.

Venezolano es el Sr. Sotillo Picornell y ha combatido y combate con denuedo el despotismo de los Gómez.

Patria Nueva se subtitula «Tribuna contra los despotismos». Con ello está indicando su programa. Desde luego, estamos con *Patria Nueva* y contra los Gómez de Venezuela, y del mundo, a toda hora.

Tres números hemos recibido a la fecha. En el segundo hay este editorial importante:

Se hace necesario dar el primer paso hacia la consolidación del verdadero latino-americanismo

Nada puede haber sido dicho dentro de la más rigurosa verdad que las palabras del eminente argentino José Ingenieros en el homenaje que los intelectuales argentinos promovieron en honor de Vasconcelos, cuando afirmó que las gestiones y labor de acercamiento entre los países de nuestro continente debía llevarse a cabo sin contar con el concurso de los gobiernos de estos países. Y esa verdad es tanto más sólida e incontrovertible y adquiere en nuestro ánimo más relieve y firmeza, cuanto más ostensible se hace la difusa labor de la diplomacia de sumisión y vasallaje de nuestras pintorescas cancillerías hispano americanas.

A una simple insinuación de Washington para la reunión de la Quinta Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, tocan a rebato las campanas grandes de nuestras cancillerías y tocan a rebato porque ha llamado el «taita» del Continente y nuestra sumisión va siendo tanto mayor, cuanto más alejados marchan nuestros Gobiernos de los verdaderos intereses nacionales de los países cuyos intereses representan o pretenden representar.

La noble nación mexicana tuvo que abstenerse de concurrir a la mencionada Conferencia por cuanto «no había recibido un reconocimiento que necesitaba para haber alcanzado el derecho a la vida internacional». Y hasta que Estados Unidos juzgaron conveniente «conceder» ese reconocimiento ha podido México llegar a consolidar la situación política de su gobierno, por más que acaso sea ese gobierno de reformas sustanciales el único verdaderamente representativo de los intereses del pueblo.

Esa labor de sumisión y vasallaje de nuestras cancillerías a que nos referimos enantes, tan contraria y tan en pugna con los graves y serios intereses de nuestra raza, demanda de los hombres pensantes y de acción del Continente una labor de oposición inmediata. Los intereses raciales de nuestro Continente exigen y demandan de nuestros gobiernos una labor de cancillerías a *puertas abiertas*, y no serán ciertas las ventajas que reporten a nuestras nacionalidades los ingentes gastos que demanda el sostenimiento de un servicio diplomático, en tanto ese servicio no responda a la necesidad perentoria e irremisible de que nuestros pueblos se acerquen los unos a los otros; *se conozcan* en la mejor y más lata acepción de la palabra; se compenetren positivamente de la necesidad de promover una labor de eficaz y pronta reciprocidad internacional, y provean hacia todos los recursos tendientes a la coronación del magno proyecto iniciado por la mentalidad fecunda de ese gran argentino.

Y creyendo llegado el momento de obrar, creemos necesario y oportuno dirigirnos a los llamados a promover la Primera Conferencia de Latino-americanistas para que cristalice en un hecho cumplido el intercambio de ideas que precisa plantear a fin de realizar el tan esperado plan de acción continental.

Patria Nueva se enorgullece de llamar a la puerta del triunvirato continental compuesto por los eminentes pensadores José Ingenieros, José Vasconcelos y Enrique José Varona y excitarlos a que promuevan una conferencia de latino americanistas en un centro equidistante de todos los países de habla española, que muy bien pudiera ser Costa Rica, para establecer las bases de la magna asociación que ha de imprimir un nuevo rumbo a nuestra labor de acercamiento continental, inspirado en el grandioso apostolado proclamado y sostenido por tan eximios pensadores.

En tanto haya un Isidro Fabela, un Ramón Uriarte, un García Monge, un Froilán Turcios, un Humberto Tejera, un Sanín Cano, un Eduardo Santos, un Jesús Semprum, un Gonzalo Zaldumbide, un Alejandro Andrade Coello, un Edwin Elmore, un Ventura García Calderón, una Juana de Ibarbourou, una Gabriela Mistral, un Enrique Molina, un Ronald de Carvalho, un Juan B. Campos, un Franz Tamayo, un Coll y Cuchí, un Manuel Ugarte, un Américo Lugo y otros hombres animados de los nobles principios de ese magno apostolado, la creación de ese organismo se hace posible y por su medio se hace posible también la realización de un anhelo, esperado hace ya mucho, por los que hemos podido vislumbrar los difusos horizontes del porvenir.

Retratos de Bolívar

Bello libro sería el que reuniera, en elegante edición ilustrada, todos los retratos que de Bolívar trazaron sus amigos y enemigos, sus compañeros y sus adversarios en la guerra, sus compatriotas y los extranjeros que militaron a sus órdenes; los venezolanos, neogranadinos, peruanos, argentinos que más de cerca lo vieron y bajo cuyo poder vivieron, gozaron y padecieron durante los cuatro lustros de su estruendosa carrera heroica a través de la América Austral.

Sus edecanes y oficiales del Gran Estado Mayor, los que giraron en torno de él en las más azarosas épocas, los que directamente experimentaron el hechizo de su persona o las violencias de su carácter; sus contertulios de sobremesa, los que cara a cara sufrieron el fulgar maravilloso de sus ojos de águila, sus camaradas de aventuras galantes, después de las bélicas por la libertad, las que más atrajeron su gran corazón y bríos de perfecto guerrero, hijo de Marte y de Venus. Todos ellos nos dejaron retratos de cuerpo entero del Amo, tomados en todas las faces de su vida de mando, en distintos lugares y climas y en las más opuestas circunstancias de buena y mala fortuna, de desastres y apoteosis, placeres y amarguras, alegrías y tristezas.

Pero ese libro, que algún día nos enseñe los retratos morales y físicos de Bolívar, dibujados o pintados del natural por sus contemporáneos, debe dar preferente puesto en su páginas a los que perfilaron, con plumas de oro, entre otros, aquel anónimo oficial británico que lo conoció en Calabozo, en los llanos de Venezuela, en 1817, en plena guerra a muerte, y publicó en inglés sus Memorias, en Londres, en 1832.

«Cuando yo tuve la dicha de conocer a aquel hombre célebre, dice, cuya energía y perseverancia han dado la libertad a una gran parte de la América del Sur, tenía Bolívar treinta y cinco años. No era alto, pero sí bien proporcionado y bastante flaco. Llevaba un casco, una chaqueta de paño azul con vueltas rojas y tres series de botones dorados; pantalones azules, y, a guisa de zapatos, sandalias de cuero. Tenía en la mano una lanza coronada de una banderola negra, sobre la cual se veía, bordado, un cráneo blanco y huesos cruzados, con esta divisa: MUERTE O LIBERTAD. Los oficiales que lo rodeaban eran casi todos de color, excepto los Generales Páez y Urdaneta. Pocos de ellos tenían chaqueta. Su vestido consistía en una camisa hecha de pañuelos de diferentes colores, muy ancha y con grandes mangas; pantalones blancos rotos, que les llegaban apenas a las rodillas, y un sombrero de *cogollo* u hojas de palmera, con penacho de plumas multicolores. Casi todos estaban descalzos, pero ceñían grandes espuelas de plata con rodajas de cinco pulgadas, a lo menos, de diámetro». [1]



BOLIVAR

Busto en arcilla plástica

Autora: LILY ARTAVIA, bequista costarricense que estudia en la Escuela de Bellas Artes de México, D. F.

(1) *Campaigns and Cruizes in Venezuela.* London, 1832. «Revue de Deux Mondes». V vol. Février 1º 3º Libraison. Paris, 1832. Existe otra traducción francesa, publicada en París en 1837.

En seguida debe venir el que José Antonio Páez, el león de los llanos, nos dejó en su *Autobiografía*, y que se remonta a la misma época de la guerra a muerte. Cuando vió por primera vez a Bolívar, lo distinguió, entre un grupo de oficiales a caballo, por lo buen jinete. «Sus principales distintivos eran la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, negros, vivos, penetrantes, inquietos, con mirar de águila. Tenía el pelo negro y algo crespo, los pies y las manos pequeños como los de una mujer, la voz aguda y penetrante. A pesar de su agitada vida, se mantenía sano y lleno de vigor; de humor alegre y jovial, carácter apacible en el trato familiar; impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresas de grandes resultados, hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero. Le gustaba el baile, y era galantísimo con las damas y consumado jinete. En el campamento mantenía el buen humor, pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y en él era perfectamente sereno. Para contener a los derrotados, no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada».

Luego el que el General Guillermo Miller, soldado de Wellignton, de Bolívar, de San Martín y de Sucre, nos dejó en sus Memorias, delineado en los días de gloria que coronó la apoteosis del Potosí: «His eyes are dark and penetranting, but generally downcast, or turned askance, when he speaks... The expression of the countenance is careworn, lowering, and, sometimes, rather fierce».

También el magistral y definitivo de Daniel Florencio O'Leary, quien con sus Memorias erigió el más perdurable y grandioso monumento a la gloria de Bolívar. Las escribió en inglés y las acompañó de la colección más completa de documentos conocidos en su tiempo, y que hoy son la fuente más pura de investigación boliviana. O'Leary fué el discípulo amado, el cuarto evangelista del Libertador.

Después, el elocuente y bellísimo retrato por el médico y naturalista francés, Francois Desiré Roullin, autor también del mejor perfil gráfico que existe de Bolívar, ejecutado en vísperas de la conjuración de setiembre... «Tenía el andar más bien rápido que mesurado, pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales, sobre todo en los momentos solemnes... Sus cabellos eran crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente, y guedejas sobre las sienes, peinadas hacia adelante... Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con un fulgor eléctrico, concentrando su fuego cual si sus miradas surgiesen de profundos focos».

Y el no menos bello del historiador José Manuel Restrepo, escrito después de la muerte de su señor y amigo:... «La generosidad y el desinterés eran virtudes que Bolívar poseía en grado eminente... Cuando tenía que viajar, se levantaba con el alba, se afeitaba y vestía antes de salir de su cuarto, pues era aseado en extremo. Era parco en la comida, y nunca bebía licores espirituosos, que detestaba, así como el tabaco. No jugaba, y casi siempre se acostaba a las nueve de la noche... En climas ardientes se bañaba con frecuencia, y no perdía ocasión que le presentara algún río, pozo o arroyo cristalino».

Y el de Luis Perú de Lacroix, su ayudante de Estado Mayor, y su leal compañero en los últimos días de su vida, escrito con morosa delectación en su inmortal *Diario*.

* *

Y como final de esos hermosos y auténticos retratos de Bolívar, uno desconocido u olvidado, pergeñado en en el destierro, en 1829, por su grande adversario político, el General Francisco de P. Santander:

«Bolívar tiene talento, conocimiento del mundo, sagacidad, penetración, energía en ocasiones, actividad, perseverancia, pocas luces en política, algunas en historia, y un gran caudal de recursos para triunfar de las dificultades. Siendo el teatro de sus operaciones un país como Colombia, antes colonia española, y luego un Estado recién elevado a la independencia, aquellas cualidades pudieron darle el predominio y la autoridad que por tanto tiempo ha ejercido. Los desastres que sufrió Venezuela en 1812 le abrieron el camino de la gloria y del mando, por el cual ha podido andar sin rivales, dirigiendo pueblos sin ilustración, tropas sin luces y hombres que confiaron en su fortuna. A lo que más debe Bolívar la supremacía que ha obtenido y el aumento de sus partidarios es, sin duda, a la constancia que ha acreditado durante la guerra de la independencia, a despecho de los mayores contratiempos, y al lenguaje liberal y desinteresado de que se sirvió mientras logró apoderarse de la opinión pública.

»La justicia, la moral y la buena fe, que son las primeras cualidades de un buen magistrado, no le son muy familiares.

»Ninguno mejor que él sabe aprovecharse de una victoria, ni tampoco ninguno opone tánta firmeza y serenidad en los reveses. A Bolívar le sobra talento, ingenio, valor moral y perseverancia. Ninguna empresa le parece imposible; ningún contratiempo arredra su espíritu. Es algo fatalista: cree ciegamente que ciertos días, ciertos lugares y ciertas circunstancias le son o contrarias o favorables. En sus amistades y en sus odios toca los extremos. Ningún amigo suyo tiene defectos; ninguno de sus enemigos tiene virtudes. Para recompensar a un amigo o vengarse de un enemigo, no repara en los medios, por injustos e inmorales que sean. Tampoco se detiene en examinarlos cuando le importa llegar a un objeto, aunque procura esconderlos de la vista general del público. Con facilidad se ganan su amistad y sus

liberalidades, pero difícilmente se consigue que olvide una ofensa. Gusta mucho de arengas y panegíricos en que lo alaben con exceso, de periódicos en que lo condecoren con títulos espléndidos, de arcos triunfales, acompañamientos, homenajes, humillaciones. El título de Libertador es el que quiere que se le dé cuando se le nombre, y no el de Presidente, ni de General. Escribe con vigor y energía; su imaginación es rica en ideas sublimes y atrevidas. La lectura le agrada mucho, particularmente la del *Contrato social* de Rousseau. Su vanidad le hace creer que todo lo sabe, que nada se esconde a su habilidad y que ningún hombre se le asemeja. Su conversación es agradable, a veces instructiva, aunque escribe mejor que habla. El convencimiento de su supremacía le sugiere a veces la idea de ridiculizar a los concurrentes en su misma casa, y sus amigos le agradecen estos rasgos de confianza y de amistad, según los denominan ellos mismos.

»Sus ideas sobre religión, en cuanto ella tiene conexión con el orden político de un Estado, son correctas y liberales. En el discurso preliminar de la Constitución boliviana las ha manifestado con filosofía y exactitud; pero ha hecho (en 1828), el sacrificio de ella al clero colombiano para atraerlo a su partido y ganar su apoyo. Sus decretos, después del año de 1828, en que subió al poder absoluto, parecen dictados por el Gabinete de Felipe II (exacto, y casi lo mismo dicen Baralt y Gil Fortoul, sus panegiristas venezolanos). Sólo la inquisición no se ha restablecido en Colombia. Bolívar no ama al clero, aunque le hace la corte con destreza y maña. Menos ama a los abogados y literatos, a quienes también llama *ideólogos*, (lo mismo que Napoleón). La clase que atrae todo su cariño, sus liberalidades y sus aplausos, es la militar. Debiéndolo todo a ella, y esperándolo todo de ella, los militares, y con preferencia los nacidos en Venezuela, ocupan toda su atención y su afecto.

»No es fácil decidir si Bolívar ha tenido intención de hacerse Rey o Emperador. No han faltado quienes de buena fe se lo aconsejaran; pero él ha comprendido que su cetro no sería duradero. Sus máximas favoritas son: que se debe aprovechar la sustancia de las cosas y desechar la corteza; que la autoridad de un monarca y no el título es lo que se debe apreciar donde el pueblo se detiene a examinar los nombres sin cuidarse de investigar lo sustancial del poder; que un Rey en Colombia sería detestado sólo porque se denominara rey, aunque presidiera a un sistema republicano, y que un presidente con todas las facultades de un monarca gozaría de popularidad en razón del título.

»De estos lineamientos puede inferirse que Bolívar en América no es un hombre común. Si la independencia de estos ricos y vastos países le es deudora de grandes e importantes servicios, la libertad hasta ahora no le debe ninguno. Si Bolívar, después de la batalla de Ayacucho, regresa a Colombia y, deponiendo sus inmarcesibles laureles al pie del trono de la ley, se retira a la vida privada, su gloria sería muy superior a la de los héroes de la antigüedad y del mundo moderno.» (1)

En las páginas transcritas se transparenta claramente el rojo blanco de la pasión política, el encono del vencido, la ira del humillado, la frialdad del émulo, pero también palpitan en ellas la sinceridad y la verdad hasta el punto de que quizá no hay una cláusula que no pueda reforzarse con documentos de diversas e insospechables fuentes.

Es un retrato, psicológico más que todo, fruto de la inteligente y perseverante observación de un selecto espíritu también, de estudios, ideas y temperamento opuestos. Si el parecido no concuerda con el antiguo original, la causa hay que interrogarla al tiempo, como a él habría que preguntar por la desemejanza de dos imágenes tomadas en la adolescencia y en la decrepitud.

Reiteradamente, y con mucho acierto, señala Santander la constancia como la virtud creadora de Bolívar. El fatalismo que le atribuye lo atestiguan innumerables episodios de su vida, y lo mismo puede decirse respecto de sus afectos y de sus odios, en los cuales se destaca su alma profundamente pagana, practicadora del consejo de Isócrates a Demónico: «Sé buen amigo de tus amigos, y buen enemigo de tus enemigos».

Respecto de las ideas religiosas, no parece sino que Santander hubiera conocido el *Diario de Bucaramanga*, y, por lo que hace a las veleidades antirrepublicanas, la apreciación es justa y acorde hasta con los documentos inéditos, recientemente publicados, entre otros, la malhadada carta a Páez aprobándole y encomiándole su rebelión de Valencia, que fué encontrada en un archivo público de París, y publicada por un venezolano. Bolívar jamás pensó ni intentó ceñirse una corona, a lo menos ese pensamiento o intención no consta escrito en parte alguna, y, en cambio aparece lo contrario en fuentes insospechables, pero sí anheló, trabajó, y se perdió por alcanzar el poder vitalicio e irresponsable, con apariencias republicanas.

Por eso la noble y sublime causa de la independencia americana lo debe todo a Bolívar, la epopeya libertadora fué su obra magna de semidiós, pero la República democrática y constitucional, la sociedad civil y libérrima que son nuestro decoro, nuestro orgullo y nuestra esperanza, nada le deben, porque lo deben todo a Camilo Tórres y a Santander, hombres de talento y carácter, naturalmente inferiores a Bolívar, pero que fueron auténticos representativos de nuestra alma nacional, esencialmente civilista y apegada a las leyes, en contraste y conflicto permanente con la inteligencia creadora y la férrea voluntad dictatorial del caraqueño. Bolívar odiaba a los abogados, y Santander era un perfecto abogado colombiano, con todas las cualidades y defectos de nuestros abogados, muy capaz, a no habérselas con Bolívar, de detener en Guayaquil la expedición libertadora al Perú por no violar un inciso de la Constitución, que para él era una suerte de intangible Graal.

Santander se superó, dió más de lo que era capaz mientras duró la guerra y la preliminar organización de Colombia. Pasada esa época, en que todo fué grande, tornó a sus justas proporciones de brillante abogado, y en 1840, para vengarse de sus enemigos políticos, proclamó en el Congreso el santo derecho de insurrección, atizando la guerra fratricida más inicua y absurda que haya desvastado el país, y fundando en Colombia la escuela del odio político antes que la Patria, que acabó con su soberanía e integridad, y cuyos amargos frutos de maldición saborearemos quién sabe hasta cuando.

Bolívar no dejó escuela ni sucesores, porque los varones como él sólo una vez, a través de las épocas históricas, con inescrutables designios, los forja la Santa Naturaleza en moldes especiales, que luego rompe y arroja al mar.

CORNELIO HISPANO

(*El Tiempo*, Bogotá).

(1) Memorias sobre el origen, causas y progreso de las desavenencias entre el Presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, y el Vicepresidente de la misma, Francisco de Paula Santander, escritas por un colombiano en 1829. (Publicadas por primera vez en la *Revista Ilustrada*, de Bogotá, 1898-1899).

La Instrucción Pública y la Iglesia en Colombia

(Documentos)

1) El proyecto de ley

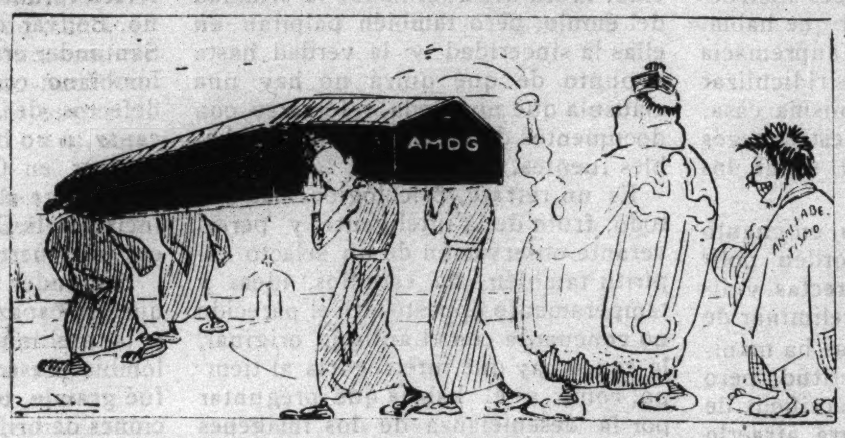
Bogotá, octubre 1º—El Ministro de Instrucción Pública y la Comisión del Ramo en la Cámara, presentaron a la consideración de ésta un proyecto de ley por el cual se dictan varias disposiciones sobre Instrucción Pública. Según este proyecto se crea una Comisión pedagógica nacional de carácter transitorio, la cual está asesorada por técnicos extranjeros. Esta comisión tendrá siete miembros por el Ejecutivo, durará un año en el ejercicio de sus funciones, podrá ser reelegida para períodos consecutivos y está encargada de elaborar el plan general orgánico de la Instrucción Pública en todos sus grados, de formular los proyectos de ley que deba presentar el Ministro del Ramo al Congreso y de elaborar un proyecto de Código de Instrucción Pública.

El sueldo que devengará cada miembro de dicha Comisión será de cuatrocientos pesos. Sólo podrán ser nombrados para estos cargos individuos que se hayan consagrado por largo tiempo al servicio de la Instrucción o aquellos que sean de reconocida competencia en esa materia. Desde el primero de enero venidero las Direcciones Generales de Instrucción Pública dependerán directamente del Ministerio del Ramo y los Directores serán nombrados por el Gobierno Nacional de ternas presentadas por el Gobernador. El sueldo de los Directores correrá a cargo del Tesoro Nacional, en la siguiente forma: Para los Directores Generales de Instrucción Pública de Antioquia, Bolívar, Atlántico, Cundinamarca y Santander del Norte doscientos setenta pesos; para los de Caldas, Boyacá y Santander doscientos cincuenta; para los de Huila, Magdalena, Nariño, Tolima y Valle doscientos. Los demás empleados subalternos de las Direcciones quedarán siendo de cargo de los Departamentos.

Los maestros de escuelas estarán divididos en seis categorías, según el número de años de servicio.

2) Diálogo con el Nuncio Apostólico

—He seguido *(habla el Nuncio)* en todo su curso los debates de la Prensa y los prospectos que redacta el actual Ministro de Instrucción. Entre los conceptos que se oyen, unos son justos, descaminados otros. Los que yo pudiera enunciarle, se hallan comprendidos en el Concordato. Este tratado es una pieza de verdadera jurisprudencia, notable por las ventajas que comporta para los dos contratantes, en lo cual es equitativo; y notable también por los principios de prudencia y de mejor estar que contiene, en lo cual es provechoso.



Como saldrá el doctor Arroyo Díez del Ministerio de Instrucción Pública después de haber practicado su lema: *Renovarse o morir.*

(El Espectador, Bogotá).

—¿.........................?

—Como usted sabe, muchas de sus cláusulas tienden a poner la enseñanza bajo la guarda de la Iglesia Católica, en lo cual procedieron con mucho acierto los negociadores colombianos. Es el caso que la Iglesia se distingue por aquel magisterio que ha desempeñado siempre en la humanidad, y que supo aprenderlo de su fundador y de sus apóstoles; magisterio que es el más noble y elevado de todos, porque versa sobre enseñanzas divinas, y está formado por los preceptos que mejor pueden perfeccionar el espíritu del hombre. La historia de la civilización nos demuestra que siempre prosperaron los pueblos que se rigieron por el consejo sagrado, y que los que lo desobedecieron se quedaron en el atraso, porque es falso y desmoronable todo progreso que no se sustenta en la moral de Jesucristo.

—¿Y piensa usted que el Concordato actual es en realidad la forma de tratado más adecuada para los colombianos, o que el liberalismo tiene razón cuando le achaca todos nuestros retardos y quebrantos?

—Concretemos el diálogo al punto de la instrucción que allí se explica con toda clareza: he de decirle que a mi parecer los colombianos no hubieran podido encontrar una mejor fórmula para orientar sus escuelas. Es una vieja verdad que los maestros son, en todos los pueblos, modeladores de la conciencia pública; tomando el espíritu de los niños, es preciso vaciarlo dentro del modelo patrio y educarlo con todos aquellos elementos que forman su carácter distintivo: el habla, la religión, las costumbres. Colombia es un país afortunado ante cuyas playas se detienen todas las impiedades. Su catolicismo es algo que tiene raíces en sus tradiciones, y por ello todos sus hijos deben ser educados bajo la inspiración de la Iglesia, con lo cual se fortalecen los vínculos de la nacionalidad.

—Se habla mucho de reformas en la instrucción...

—No quiero calificar esas reformas, y sólo sé decirle que ellas deben desarrollarse con gran estudio y prudencia. Se habla con insistencia de misiones pedagógicas, de iniciativas salidas del mismo Ministerio, de comisiones asesoras formadas por maestros colombianos, y todas ellas pueden ser más o menos buenas.

—¿De manera que su Excelencia no



El Señor de la Caña

(El Espectador, Bogotá).

mira con malos ojos estas mudanzas?

—Sabe usted que la Iglesia nunca ha temido a las innovaciones que se cumplen por argumentos de justicia. Las reformas pueden realizarse en buena hora mientras ellas corran parejas con el espíritu del Concordato. Estoy seguro de que el Gobierno, que se inspira en tales principios, no iniciaría en ningún caso, reformas que lo violaran en parte alguna, alejando así toda posibilidad de que yo, en representación de la Santa Sede, tuviera que intervenir para hacer el correspondiente reclamo ante las autoridades colombianas, en el ejercicio de mi encargo diplomático y de acuerdo con los principios del Derecho Internacional.

(El Nuevo Tiempo, Bogotá).

3) Diálogo con el Ministro de Instrucción Pública

LAS declaraciones del señor Nuncio Apostólico a un diario matinal, que han sido el tema de todas las conversaciones en los círculos políticos; la ley que aprueba la venida de una Misión Pedagógica para que le dé un vistazo a nuestros métodos antiguos y a nuestros imperfectos sistemas; las observaciones que después de varios meses pueda tener de nuestras necesidades educacionistas un espíritu amplio, tolerante, enérgico, como el doctor Arroyo Díez, son puntos cuyo interés para los lectores es evidente.

* *

—¿De dónde se inclina usted, doctor Arroyo, a traer los miembros de la Misión Pedagógica? le hemos preguntado al señor Ministro en su tranquilo y callado despacho.

—Me inclino preferentemente a que sean belgas, suizos o alemanes, de los Estados católicos de ese país. El Congreso, como usted sabe, aprobó una partida de sesenta mil dólares en el Presupuesto del año entrante del Ministerio de Instrucción Pública, para traer esa Misión.

—¿Qué opina usted de las declaraciones hechas a un diario matinal por el Excelentísimo señor Nuncio Apostólico?

—Nada sé directamente. De todo esto me he enterado por la prensa. Puedo asegurar que ni de labios del señor Arzobispo ni de los del señor Delegado, he recibido insinuación alguna sobre asuntos del Ministerio...

—¿Entonces, qué causa ha tenido el ruido que se ha hecho a ese respecto de un tiempo a otra parte?

El señor Ministro permanece callado un momento y luego dice:

—La causa de estas discusiones es un antiguo Ministro de Instrucción Pública—de hace veinte años—que cree que no es ni necesaria ni oportuna la traída de la Misión pues, según él, las disposiciones que en ese entonces se dictaron son definitivas, y bien pueden servir como modelo a los países más adelantados. No obstante esto, y a pesar de que la opinión del ilustre profesor debe ser respetada y atendida, en este punto no estoy de acuerdo con su parecer. Es preciso un estudio detenido no sólo de los métodos sino de los sistemas que hemos empleado en nuestra instrucción pública, materia compleja y difícil y tan íntimamente unida a la tradición, a las condiciones raciales, al carácter, a los prejuicios, a los antecedentes históricos y aun a las condiciones geográficas del país. De mi permanencia en el Ministerio en estos dos meses del año de gracia de mil novecientos veintitrés he sacado la conclusión de que es preciso—si posible—modificar las condiciones generales de nuestra educación inculcando a los alumnos más civismo, más amor a la patria y más fe en sus futuros destinos. Es de gran importancia en las escuelas y colegios inculcar a los alumnos la necesidad de la higiene, de la educación física, al mismo tiempo que se debe prestar más atención y más preferencia a los estudios de historia nacional. Tampoco debe olvidarse el fomento de los paseos escolares y del excursionismo, que son tan útiles y convenientes.

El Ministro habla en seguida de nuestros sistemas de educación y de sus diferentes divisiones. De las escuelas primarias se expresa en los siguientes términos:

—Es preciso centralizar las escuelas primarias, entendiendo por centralizar, en este caso, el que todos los servicios y gastos de ellas corran a cargo del Gobierno Nacional. Pienso que éste debe pagar las escuelas para dotar mejor a los maestros, y de ese modo conseguirlos bien capaces para la alta misión a que se dedican. Como usted sabe, las escuelas primarias están, en el momento actual, a cargo de los Departamentos o de los Municipios, en muchos lugares. Este paso, naturalmente, envuelve un difícil y delicado problema de Hacienda que es preciso resolver antes de adoptar la medida. Quizás, en todo esto, pueda haber un error de apreciación por parte del actual Ministro de Instrucción Pública. Por eso conviene la organización de la Misión Pedagógica para que cualquier reforma que se acepte lleve el sello de su alta autoridad, aprestigiando así un plan que fácilmente sería adoptado por el país y por las Cámaras. Es obvio decir que ninguna reforma iría contra las bases doctrinarias de nuestra Constitución nacional, pues se puede modificar y avanzar mucho sin necesidad de tocar esos fundamentos en lo más mínimo.

—¿Qué impresión, doctor Arroyo, tiene usted de la enseñanza secundaria?

—Ella también está completamente descentralizada. El Gobierno Nacional no tiene a su cargo sino las Escuelas Normales de Institutores, y el Colegio de San Luis Gonzaga. Tanto el bachillerato técnico como el clásico se obtienen por ministerio de varias leyes en algunos establecimientos privados. No obstante pueden considerarse como oficiales el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y el de San Bartolomé. El único colegio verdaderamente nacional que existe es el Colegio de San Luis Gonzaga de Zipaquirá, dirigido por un competente institutor, el Padre Federico Martínez.

En la enseñanza secundaria siguen distintas normas, según los países. En unos, como en Inglaterra, las escuelas libres; en otros como en Francia, las escuelas paralelas; y en varios la escuela única. Nosotros nada bien definido tenemos sobre el particular. Es este otro importantísimo tema para la Misión.

También creo que el Bachillerato clásico debe ser más riguroso que el que actualmente tenemos. En este sentido, en los momentos actuales, hay un movimiento verdaderamente formidable en Francia, Bélgica, Alemania, Italia y Rusia. Se dice en estos países que sólo con estudios clásicos hechos en toda forma es como podrá llegarse a la selección en las profesiones liberales.

El doctor Arroyo Díez expone claramente, sueltamente, sus ideas. Todos estos puntos han sido motivo de largas meditaciones por parte suya. Después de una ligera pausa lo interrogamos:

—¿Y la educación universitaria?

—La nación tiene a su cargo las Facultades de Derecho, Medicina, e Ingeniería y muchos sostienen, entre

Iconografía del Libertador

Relacionado con el artículo de Cornelio Hispano que en esta entrega se publica, para los lectores del REPERTORIO no estará de más este dato: Conocemos los *Apuntes para la iconografía del Libertador*, por Manuel Segundo Sánchez. Caracas, 1916. Los *Apuntes* se refieren a los retratos de Londres (1810), de Gil (1825), Meucci (1830), Espinosa, Eneagle, Salas, y otros de autores desconocidos; al perfil de Roullin, a la litografía de Casar de Molina, el grabado de Bate, el medallón de David D'Angers, las estatuas, etc. 29 láminas ilustran el texto documentado. Es un libro interesante.

ellos los socialistas, que no corresponde al Estado costear esta educación. Mi opinión es la de que el Gobierno debe fomentar los institutos y que el Tesoro público debe sostenerlos, para lo cual, como primer paso, convendría aumentar esas partidas del presupuesto. Este es otro punto que resolverá, después de detenido estudio, la Misión Pedagógica.

Ya cuando nos paramos para despedirnos el doctor Arroyo Díez nos dice:

—En resumen, oiga usted mis opiniones sobre este Ministerio. Necesitamos más escuelas de las que tenemos, con buenos maestros y bien pagados; locales adecuados y con la debida organización en materia de restaurantes, roperos, bibliotecas, paseos, excursiones. El bachillerato clásico, más rígido y el técnico debe ser revisado por el Estado. Las Facultades Superiores y Universidades nacionales deben estar dotadas de suficientes recursos para que puedan desarrollarse y prosperar.

Puesto en pie el Ministro le hacemos una última pregunta:

—¿Qué más podemos decir de las declaraciones del señor Delegado que tan comentadas han sido en los últimos días por la opinión?

—Que el temor del Excelentísimo señor Vicentini es infundado porque no es presumible, ni remotamente, que una Misión buscada y organizada por un Gobierno católico, que actuará en un país católico y dentro de normas constitucionales católicas, vaya a indicar, y menos a proponer, una transformación laica.

(*Cromos*. Bogotá).

4) *Un incidente diplomático*

Bogotá, Nov. 20.—Anoche se verificaba la sesión solemne del Colegio de San Bartolomé y fueron invitados el Nuncio Apostólico, señor Vicentini y los Ministros del Despacho. Al entrar el Ministro de Instrucción Pública, doctor Arroyo Díez, saludó cortesmente a Monseñor Perdomo, dándole la mano; luego se acercó con el mismo propósito al Nuncio, pero éste le retiró despreciativamente la mano, negándose a corresponder a la atención del Ministro. Este se sentó esperando que terminara el discurso que pronunciaba el P. Gómez. En seguida que finalizó el orador llamó Arroyo al Padre Andrés Restrepo y le dijo en alta voz: «Me retiro en señal de protesta por la grosería que me ha irrogado el señor Nuncio, no por mí, sino por la autoridad civil que represento». Y dirigiéndose al Nuncio le dijo: «Ha llegado para usted la hora de no seguir haciendo aquí lo que le dé la gana». Se retiró inmediatamente.

La estupefacción del Rector y de los concurrentes al acto solemne que allí se verificaba fué ilimitada.

Entrevistado el doctor Arroyo Díez momentos después, dijo que pediría hoy los pasaportes del Nuncio, y que si no se le concedían, renunciaría la Cartera que desempeña en el Gabinete del General Ospina. Agregó que la situación de sumisión en que se encuentra el Poder Civil, se debía, a la Administración de Marco Fidel Suárez, y que en lo ocurrido no se trata de una cuestión de partido, sino de la dignidad del Gobierno de Colombia. Estas declaraciones las hizo el doctor Arroyo Díez ante prominentes conservadores que lo acompañaban.

5) *Adhesión de la Prensa y de la juventud*

Bogotá, Nov. 21.—En estos momentos se verifica la manifestación de la juventud, como protesta de adhesión al doctor Arroyo Díez, en la cual no habrá discursos. Los estudiantes están formando numerosas adhesiones al actual Ministro de Instrucción Pública.

....

El Tiempo, *La República*, *El Espectador* y *El Diario Nacional* hacen invitaciones para la manifestación que han organizado y que se celebrará en las horas de la tarde en honor del doctor Miguel Arroyo Díez, Ministro de Instrucción Pública, por su actitud ante la del Nuncio Apostólico durante la sesión solemne del Colegio de San Bartolomé, regentado por los Padres Jesuítas. Se advierte que no habrá oradores y que el desfile se deberá hacer en medio del mayor silencio y orden.

....

Comunícoles detalles de la manifestación de simpatía al doctor Arroyo Díez: La manifestación se reunió en el Parque de Santander y partió por la carrera 7ª hasta llegar a la calle 11, de donde siguió hasta buscar la 6ª, llevando a la cabeza el pabellón nacional. La muchedumbre ha sido calculada por algunos en diez mil hombres.

....

Los manifestantes se estacionaron frente a la residencia del señor Ministro de Instrucción Pública, y cuando estaba ya colmada, salió a los balcones el doctor Arroyo Díez, a cuya presencia la muchedumbre prorrumpió en un ensordecedora ovación. El entusiasmo tuvo entonces su momento culminante y los pañuelos y sombreros se agitaron. Los manifestantes prorrumpieron en atronadores vivas a Colombia, al doctor Arroyo Díez, a la soberanía y a la dignidad nacional. Extinguidas las ovaciones, se hizo un silencio completo, y comenzó a hablar el Ministro de Instrucción Pública. Dijo que la muchedumbre que se encontraba allí presente vindicaba el bofetón asestado a la dignidad de la República, representada por él. El pueblo que vibra, siente y se emociona así, expresó el doctor Arroyo Díez, es un pueblo altivo al que se le reserva un gran porvenir. Agregó que es necesaria la reforma instruccionista para combatir el analfabetismo, para organizar el bachillerato y mejorar la paga de los maestros. El orador fué interrumpido innumerables veces durante su discurso, y al terminar fué objeto de aplausos, oyéndose vivas al futuro Presidente de Colombia.

6) *Juventud maquiavélica*

HAY algo más triste que la ofensa del Nuncio a la República, Al fin y al cabo se trata de un país extraño, y él puede sentirse sin deberes para con quienes en un principio debieron parecerle carne de conquista. Pero hay entre nosotros, y, lo que es más doloroso, entre la juventud, ejemplares de tal maquiavelismo, que después de haber empujado al representante de la Santa Sede a errores que no podrá perdonarles, han tratado, saltando sobre la dignidad nacional, de preparar fríamente un gran festín político.

Y aquí no habido política salvo en los del festín. Es falso que hayan sido estos acontecimientos una ocasión del liberalismo para probar su fuerza. El liberalismo, como liberalismo, ha estado ausente. Su grandeza actual ha consistido en solidarizarse con el funcionario conservador en quien se ultra-

jó la cortesía que deben los diplomáticos a las autoridades del país y en quien se pretendió sacrificar la independencia para promover reformas que el país necesita. El conservatismo como conservatismo, como bandería, no ha estado representado sino en los cuatro jóvenes que leen a Maquiavelo. Arroyo Díez en el Gobierno, Abel Carbonell y Rafael Escallón en la prensa, y centenares de patriotas en la manifestación del miércoles, dejaron salvado el decoro del partido conservador ante la historia. El dato triste es un dato aislado. Apenas compromete el patriotismo y la respetabilidad de *El Nuevo Tiempo*.

Arroyo Díez no es el primer conservador que sabe diferenciar la religión de la política y dar lecciones a los diplomáticos, eclesiásticos o no, que se propasan. Manuel María Mallarino, gran varón del conservatismo y de Colombia, manifestó al Nuncio Nicolás Savo que no daría curso a su protesta cuando, con motivo del proyecto de ley presentado en el Congreso de 1847 para suprimir el diezmo y establecer una contribución puramente civil para el sostenimiento del culto, quiso intervenir en los negocios internos de Colombia. Monseñor Savo salió y no regresó nunca. José Ignacio de Márquez y Pedro Alcántara Herrán rechazaron pretensions inaceptables de Monseñor Baluffi. Núñez hizo salir en 1887 a Monseñor Agnozzi. Y así otros.

Muy ligeramente, como lo requiere una publicación de esta índole, hemos citado casos de conflicto entre las autoridades conservadoras y los representantes de la Santa Sede. Los casos de conflicto con Obispos extranjeros y clérigos políticos han sido todavía más numerosos. Como ejemplo suficiente sirva el recuerdo de la entereza con que José Vicente Concha y Miguel Abadía Méndez significaron al Obispo Brioschi que no toleraban el abuso de su alto cargo cuando, movido por el odio más implacable de que nuestros anales den cuenta, incitaba al pueblo cartagenero a desconocer las autoridades civiles de Bolívar.

Esto no es ni puede ser política. Anteponer el clericalismo al país o posponer el país al anticlericalismo es labor torpe y odiosa. Y no lo decimos hoy. Lo hemos pensado siempre. Hace siete años dimos un claro ejemplo cuando, al referirnos a las ásperas notas de protesta que los Ministros de Inglaterra y los Estados Unidos dirigieron a la Cancillería, acerca de un discurso pronunciado en la Catedral por el Arzopisbo de Medellín, el día de la fiesta de la Raza, escribimos limpiamente, sin que nos temblara el pulso: «Queremos que conste de una manera inequívoca que desaprobamos el que, llevado de un anticlericalismo que aquí no halla cabida, pretendan algunos que se humille la nación a cambio de mortificar al Arzobispo Cayzedo».

¡La patria sobre todo! La patria especialmente sobre las mezquindades de la lucha política y sobre las farsas de muchachos que jugaron, arrancándole declaraciones que no pensaba hacer, con la ingenuidad del representante del Romano Pontífice! Con las cosas sagradas, y nada más sagrado que la independencia y la dignidad de la nación, no se juega! Mejores temas hay para hacer frases y ocasiones más propicias se presentan para dar pábulo a todo lo que encierra el ansia de notoriedad o el odio enteco y chiquito. No corren días de carnaval ni el país se deja llevar a una guerra religiosa. Fanatismo y locura deben quedar arrollados por la onda de adelanto y de fraternidad que se acerca. Conservadores del tipo de Abel Carbonell, limpio y sincero, son de los que hacen patria. De ésos es Rafael Escallón. Ellos representan lo que hay de más altivo, de más amable, de más colombiano, en la tradición conservadora, y ellos, para el bien del país, harán escuela. No hacen daño los escritores de *El Nuevo Tiempo* con su intolerancia. Hablan en el vacío. Pero eso no obsta para que, ante los hermosos talentos que corren el peligro de malograrse biches, nos sintamos invadidos de tristeza y de lástima.

L. E. NIETO CABALLERO

(El Gráfico, Bogotá).

Página lírica

de A. H. Pallais, Pbro.

EL POEMA DE LOS NIÑOS

MARIPOSA.

El niño color de rosa
juega y juega sin cesar:
¿Mariposa, mariposa
no te cansas de bailar?

SOR ESPUMA LA ENCAJERA.

Juega, juega, siempre juega
la espuma loca del mar:
Sor Espuma es una lega
de locura singular.

Lega humilde, lega buena,
de toca blanca vestida,
por sus encajes, Athena
la invencible fué vencida.

Son los niños, encajeras,
encajeras de Malinas,
las caricias más ligeras
y las promesas más finas.

Son los niños, encajeras,
encajeras de Bruselas,
silenciosas primaveras
y dormidas acuarelas.

ARDILLA.

Es la ardilla más traviesa
que la misma travesura,
no halla cabida, no cesa,
sin ley de literatura

d'hacer versos pie quebrado,
versos libres de juglar,
para el poema sagrado
del subir y del bajar.

Sube y baja, baja y sube:
Provenza, raza latina:
Yo soy pasajera nube,
mariposa bailarina

y ardilla que juega y juega y juega
a las idas y venidas,
con una licencia griega
de gimnasias desvestidas

Baja y sube, sube y baja:
Tantos niños, como ardillas:
El hogar es una caja
de sustos y maravillas,

en los maitines primeros
de la mañana florida;
que después, en lastimeros
salmos, dirá la vida

sus Completas de la tarde.
¿Cuando la estrella divina,
en luz de plegarias arde,
oyes tú, *Salve Regina?*

LOS JUEGOS.

«Venadito entre tu huerta»:
somos niños encerrados
soñando tras de la puerta
de nuestros juegos pasados,

los poetas. Oh «Jocunda
tierra» de Miguel Cervantes
y el «Mar alegre» circunda
la vida de que fué denantes;

y locos, como el avaro
en medio de sus monedas,
aspiramos «Aire claro»
de jazmines y resedas.

«Hebritas, hebritas de oro»:
Siete gracias del «listón»,
inacabable tesoro
de pinturas. Mi canción

de mayúsculas floridas
reza y reza, los colores
de las mañanas dormidas
me parecen los mejores.

Azul claro, azul oscuro,
azul d'aguas submarinas;
pero no hay azul más puro
que el azul de las divinas

veraneras: Con las manos
levantadas ¡qué alegría!
conmigo rezad hermanos
el «Dios te salve María».

MARÍA.

Lirio azul de Galilea
que sagrada miel destila.
¡Maldito, maldito sea
el blasfemo Vargas Vila!

LOS CUENTOS.

En los cuentos hay camino
por la tierra y por el mar:
Habla Simbad el Marino
de viajar, viajar, viajar.

Cuando la madrastra brilla,
ojo malo de tormenta,
con su breve zapatilla
nos mira la Cenicienta.

Blanca Nieve nos subyuga,
es su espejo la verdad
bella, sin mancha ni arruga,
luz de suave claridad.

Caperucita Encarnada
nos dice: Fuera d'Aquel
que tiene dulce mirada
y parábolas de miel;

doquiera sólo colmillos,
el *hermano* lobo pasa:
Niños buenos y sencillos,
no salgáis de vuestra casa.

Bella Durmiente: Dormidas...
¡Pájaro Dichosofuí!
las palabras bendecidas...
¡Pájaro Dichosofuí!

Bien dichas, muy olorosas,
fué tu madre quien las dijo:
Las puras, las silenciosas
palabras del Crucifijo.

***

Encajes y mariposas
y cuentos color de sueño
y ardilla más recelosas
que nadie, contra el empeño

de un gobierno constituido
y espuma que juega y juega,
son los niños el partido
de la libertad que llega.

Un libre renacimiento
libre, libre, no hay idea:
Van los niños contra el viento
y vuelven contra marea...

....
....
....
....

Y los niños de ahora dirán mañana:
Encanta nuestro camino,
como tembladora fuente,
con su Evangelio Divino
Jesús el Bello Durmiente.

TENGO UN MIEDO CERVAL

(A CARLOS CUADRA PÉREZ, uno de nuestros verdaderos artistas).

...Tengo un miedo cerval. Entre los [adjetivos,
es el más adecuado este de mis hermanos
ciervos asustadizos, recelosos, esquivos,
como diciendo: Lejos, lejos de los [humanos

vivimos en la selva; que los civilizados
hombres que medio viven dentro de la [ciudad
no vengan con sus ojos torcidos y em- [pañados
a verse en los espejos de nuestra claridad.

Tengo un miedo cerval: Precipitada- [mente
yo voy por esas calles, como una exa- [lación.
¡Con filosos puñales anda toda la gente!
Qué dichosos los tontos, pues van a la [función

y ríen y graciosos los halla todo el [mundo
y nadie cuando pasan, en secreto, murmura
quién sabe que palabras extrañas de [segundo
sentido, bajo el agua complicada y oscura

que hay en todos los nombres y ad- [jetivos humanos;
sólo en el Padre Nuestro y en el Ave María,
te mira con sus ojos y toca con sus manos,
tu madre, la más limpia Sor Agua [d'Alegría.

Muy clara, sí, muy clara, superlativa- [mente,
es una muy alegre luz misericordiosa
que pinta veraneras en azul transparente
y niñas encantadas y pétalos de rosa.

Tengo un miedo cerval: Haciéndome [invisible,
como dicen los cuentos de camino, podría
vivir en la ciudad, pues cual niño terrible
de ciervos y de cabras, juega mi poesía

esquiva, silenciosa, trascendental, [huraña
bajo los grandes árboles, muy lejos del [camino,
oyendo el nunca oído Sermón de la [Montaña.
Y ciervos traspasados por el amor divino,

como el Raimundo Lulio del poema [«Blanquerna»
y como Francis Jammes, mis versos [inocentes
parecen a la sombra, bajo la luz eterna,
ciervos asustadizos y tembladoras fuentes.

Toda cosa que tiembla: Delicado, [nervioso
así voy por el mundo, tengo un miedo [cerval:
Aquiles Pies Ligeros, a Jesús Oloroso
sigo con entusiasmo desnudo y matinal.

La lengua de los hombres, dicen las [Escrituras
es navaja filosa: Tengo un miedo cerval;
somos por la calumnia, granadas bien [maduras
rojo color de sangre: Tengo un miedo [cerval.

....
....

Aquiles Pies Ligeros, a Jesús Oloroso
sigo con entusiasmo desnudo y matinal.

León, Nic. 7 dicbre., 1923.

El Mensaje de las Escuelas Normales de México

A nuestros compañeros de la Asociación Nacional de Normalistas Argentinos.

La grata visita del delegado estudiantil de vuestro país, señor don Armando Paolini, renueva una vez más los sentimientos de fraternidad que ha mucho abrigamos hacia vosotros. Nacidos en un país cuyas experiencias son innúmeras, sentimos la necesidad de llevar a una efectiva realización la unión de la clase estudiantil latino-americana y de las naciones de nuestra raza, y como vuestro anhelo, a no dudarlo, es el mismo, como a los futuros forjadores del alma argentina, solicitamos de vuestros viriles y altos propósitos que fortalezcáis el corazón de vuestro pueblo, como nos esforzaremos por intensificar en el espíritu del nuestro, la fuerza propulsora de la realización de este ideal tanto tiempo acariciado.

Recibid el cariño profundo y sincero de vuestros hermanos de México y con él los fervientes votos que hacemos por vuestra felicidad y el progreso de vuestro gran pueblo.

LUZ, CARACTER, AMOR.

México, octubre 19 de 1923.—Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnas de la Escuela Normal de Maestras: Clotilde León, Berta Navarro y Taketo Suto.—Mesa Directiva de la Sociedad de Alumnos de la Escuela Normal de Maestros: David Vilchis, Gustavo Joaquín, J. E. Fuentes, N. Nava y Margarito Molino.

(*Excelsior*, México, D. F.)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica